

LECCION III.

Del valor de los principios universales y necesarios.

*Exámen y refutación del escepticismo de Kant.—Vuelta
á la teoría de la espontaneidad y de la reflexion.*

Después de haber reconocido la existencia de principios universales y necesarios, sus caracteres actuales y sus caracteres primitivos, vamos ahora á examinar su valor y la legitimidad de las conclusiones que se pueden sacar, pasando para esto de la psicología á la lógica.

Hemos defendido contra Locke y su escuela la necesidad y la universalidad de ciertos principios. Nosotros los mantendremos aquí ante Kant, que si bien reconocia estos principios, encerraba su poder en los límites del sugeto que les concebía, y en tanto que subjetivos, les declaraba sin aplicacion legítima á ningun objeto, es decir, sin objetividad para expresarnos en el mismo lenguaje que el filósofo de Königsberg, que sin razon ó con razon, comienza á pensar en la lengua filosófica de Europa.

Comprendemos bien el alcance de esta nueva discusion. Los principios que gobiernan nuestros juicios,

que presiden á la mayor parte de las ciencias, que regulan nuestras acciones, ¿poseen en sí mismos una verdad absoluta, ó no son mas que las leyes regulatrices de nuestro pensamiento? Es preciso saber si es una verdad axiomática que todo fenómeno tiene una causa, toda cualidad un objeto, si toda estension está realmente en el espacio y toda continuidad en el tiempo, etc.

Si no es absolutamente verdadero que toda cualidad tenga una causa inherente, no será cierto que nosotros tengamos un alma, substancia real de todas las cualidades que la conciencia atestigua. Si el principio de las causas no es mas que una ley de nuestro espíritu, el mundo exterior que este principio nos descubre pierde su realidad, no habría sino una sucesion de fenómenos sin accion ninguna efectiva los unos sobre los otros tal como queria Hume, y las impresiones mismas de nuestros sentidos carecerian de causa. La materia no existiría lo mismo que el alma. Nada existiría. Todo se reduciría á apariencias movibles, destinadas á un incierto porvenir; todo existiría sin saber en dónde, pues que realmente no habría ni tiempo ni espacio. Desde que el principio de la razon suficiente no basta á poner en movimiento la curiosidad humana, una vez en posesion de este fatal secreto de que no puede atender á nada real, esta curiosidad careceria de pretexto para fatigarse en busca de lo que cae fuera de su conocimiento y en descubrir razones que corresponden solamente á los deseos de nuestro espíritu, y de ninguna manera á la naturaleza de las cosas. En una palabra, si el principio de las causas, de las substancias, de las causas finales, de la ra-

zon suficiente, no son sino nuestras propias maneras de concebir, el Dios que todos estos principios nos revelan, no sería sino la última de las quimeras que se desvanecería con todas las otras al crisol de la crítica.

Kant ha establecido como Reid y como nosotros la existencia de principios universales y necesarios; pero discípulo involuntario de su siglo, servidor á pesar suyo de la escuela empírica, de la que quiere ser adversario, establece la concesion inmensa de que estos principios no se aplican sino á las impresiones sensibles, y que su objeto es poner estas impresiones en un cierto orden, pero que mas allá de sus impresiones, mas allá de la esperiencia su poder es completamente nulo. Esta concesion ha arruinado toda la empresa del filósofo alemán.

Pesaroso Kant del escepticismo de su época, quiso contenerlo concediéndole algo. Creyó desarmar á Hume otorgándole que nuestras concepciones mas altas no se estienden fuera del círculo del espíritu humano, y al mismo tiempo pensó haber vengado al espíritu restituyéndole los principios universales y necesarios que le dirigen. Mas segun la fuerte expresion de M. Royer-Collard, «luego que el escepticismo ha penetrado en el entendimiento humano, le ha invadido por entero.» Una cosa es una circunspeccion severa y otra el escepticismo. La duda, no solamente es permitida, sino aun recomendada por la razon para el estudio del empleo y las aplicaciones legítimas de nuestras diversas facultades; pero cuando la duda empieza en la legitimidad misma de nuestras facultades, no solamente no esclarece la razon, sino que la oprime. En efecto, ¿cómo se

ha de defender la razon desde que se pone en cuestion consigo misma? Kant ha trastornado el dogmatismo que él se proponia á la vez contener y salvar por lo menos en moral, y ha empujado á la filosofía alemana hácia una senda á cuyo fin hay un abismo. En vano este grande hombre (pues sus intentos y su carácter, sin hablar de su génio, le hacen digno de este nombre), lucha ingeniosa y sábiamente con Hume; Kant es vencido en esta lucha, y Hume queda dueño del campo de batalla.

¿Qué importa, en efecto, que existan ó no en el espíritu humano principios universales y necesarios, si estos principios no nos sirven sino para clasificar nuestras sensaciones y para remontarnos gradualmente hasta las mas sublimes ideas, pero que no tienen realidad sino para nosotros mismos? El espíritu humano está entonces como ha dicho muy bien el mismo Kant, á la manera de un opulento banquero que, tomando billetes por valores reales y colocándolos ordenadamente en su caja, en realidad no posee mas que papel. Hemos, pues, venido á parar á aquel conceptualismo del mundo antiguo, que concentrando la verdad en la inteligencia humana, hace de la naturaleza de las cosas un fantasma de la inteligencia, protegiéndose por todas partes fuera de ella, triunfante á la vez que omnipotente, puesto que lo producía todo y al propio tiempo no produciría mas que quimeras (1).

(1) Sobre el conceptualismo, lo mismo que sobre el nominalismo y el realismo, véase *Fragmentos de filosofía antigua*. De la metafísica de Aristóteles, páj. 143. «Nada existe en el mundo que no tenga su ley mas general que en sí mismo. No hay individuo ninguno que no pertenezca á un género, ni fenómenos que no se atengan á un plan. Y es bien cierto que realmente existen en la naturaleza géneros y un plan preconcebido de antemano, sin los cuales

El sistema de Kant está en discordancia con los hechos, la filosofía puede y debe separarse de la opresión por la explicación de los hechos, pero (no me cansaré nunca de repetirlo), es preciso que en la explicación no destruya lo que pretende explicar, sin explicar nada y solo imaginando. Aquí está el gran hecho que se acaba de explicar, hecho que es la creencia de todo el género humano, y que el sistema de Kant aniquilaba.

En efecto, cuando hablamos de la verdad de los principios universales y necesarios, no creemos que ellos sean verdaderos sino por nosotros, nosotros los creemos verdaderos en sí mismos, y verdaderos aun cuando nuestro espíritu no esté en disposición de concebirlas. Les consideramos como independientes de nosotros mismos, y nos parece que se imponen á nuestra inteligencia por la fuerza y la verdad que en ellos reside. Así, por ejemplo, espresar fielmente esto que pasa en nosotros, sería destruir la proposición de Kant, y en lugar de decir con él: estos principios son las leyes necesarias de nuestro espíritu, pues que no tienen ningun valor absoluto fuera de nuestro espíritu, deberíamos decir antes: estos principios tienen un valor absoluto en sí mismos, ved aquí por qué no podemos menos de creer en ellos.

nuestras mismas ideas de géneros y de plan, no serian sino quimeras vanas y ridiculas y toda la humana ciencia una ilusion. Si se pretende que hay individuos sin género, cosas sin ningun plan, por ejemplo individuos humanos mas o menos diferentes y ningun tipo humano y muchas otras cosas de esta clase, en este caso no habrá nada general en el mundo, sino está antes en el entendimiento humano, es decir y variando los términos, que el mundo y la naturaleza están desprovistos de orden y de razon, y que no hay razon ni orden sino en la cabeza del hombre. Véanse tambien los *Fragmentos de filosofía del mundo antiguo*. Introduccion á los escritos inéditos de Abelardo, pág. 131-197. *Filosofía escocesa*, leccion VIII, y *Filosofía de Locke*, leccion VIII.

Y esta misma necesidad de la creencia, de cuyo nuevo escepticismo se hace un arma, no es la condicion indispensable de la aplicacion de los principios. Ya lo hemos establecido antes (1), la necesidad de creer suponer la reflexion, el exámen, el esfuerzo de negarlo y la impotencia de hacerlo, pero antes de toda reflexion, la inteligencia sabia espontáneamente la verdad, y en la percepcion espontánea no es el sentimiento de la necesidad ni por consecuencia este carácter de subjetividad, quien hace tanto miedo á la escuela alemana.

Volvamos, pues, aquí por esta intuicion espontánea de la verdad que Kant no ha podido conocer en el círculo en que le retenian cautivo sus hábitos profundamente reflexivos y algo escolásticos.

¿Es cierto que no existe juicio afirmativo en la forma, que no esté mezclado de negacion?

Parece que todo juicio afirmativo es al mismo tiempo negativo, pues afirmar que una cosa existe, es negar su no existencia, como todo juicio negativo es al propio tiempo afirmativo, negar la existencia de una cosa vale tanto como afirmar su no existencia. Si esto es así, todo juicio, cualquiera que sea su forma, afirmativo ó negativo, pues estas son las formas que resisten el uno y el otro, supone una duda previa sobre la existencia de la cosa en cuestion, un ejercicio cualquiera de la reflexion, á continuacion del cual el espíritu se siente apremiado de fijarse en tal ó cual juicio, de suerte que bajo este punto de vista, el fundamento del juicio parecerá estar en su necesidad, y entonces tenemos la ya célebre objecion; si juzgais, porque

(1) Véase la leccion precedente.

os es imposible no hacerlo, no podeis salir garantes de la verdad y de vuestras propias maneras de concebir; es el espíritu humano quien traspasa sus leyes fuera de él, es el sugeto quien hace el objeto á su imájen sin traspasar jamás el circuito de la subjetividad.

A esto respondemos yéndonos derecho á la raiz de la dificultad: no es verdad que todos nuestros juicios sean negativos. Nosotros otorgamos que en el estado reflexivo todo juicio afirmativo supone un juicio negativo y recíprocamente. ¿Pero la razon solo se ejerce á condicion de la reflexion? ¿No existe una afirmacion primitiva que no implica negacion ninguna? Del mismo modo que nosotros obramos amenudo sin pararnos á deliberar sobre nuestra accion, sin premeditarla, y manifestando en este caso una actividad libre aun, pero libre de una libertad no reflexiva, de la misma manera la razon percibe á menudo la verdad sin atravesar por el camino de la duda. La reflexion es un retorno sobre la conciencia ó sobre toda otra operacion diferente de ella. Repugna, pues, que se encuentre en algun hecho primitivo, y todo juicio que la limite supone otro en que no esté. De este modo se llega á un juicio exento de toda reflexion, á una afirmacion sin mezcla alguna de negacion, á la intuicion inmediata, hija legitima de la energia natural del pensamiento como la inspiracion del poeta y el instinto del héroe. Tal es el primer acto de la facultad de conocer. Si se contradice esta afirmacion primitiva, la facultad de conocer se repliega sobre sí misma, se examina, ensaya el poner en duda la verdad que percibe, no lo puede hacer, afirma de nuevo lo que habia afirmado antes, se adhiere á la verdad reconocida ya, pero con un

sentimiento nuevo, sentimiento que no es el de sustraerse á la evidencia de esta misma verdad; entonces, pero solamente entonces, aparece este carácter de necesidad y de subjetividad que se quiere volver contra la verdad, como si la verdad perdiese su valor penetrando antes en el espíritu y triunfando de la duda, como si la evidencia perdiese entonces algo, como si por otra parte la concepcion necesaria fuese la forma única, la forma primera de la percepcion de la verdad. El escepticismo de Kant, cuyo buen sentido hace justicia tan fácilmente, es por último empujado y forzado en su atrincheramiento por la distincion de la razon espontánea y de la razon reflexiva. La reflexion es el teatro de los combates que la razon sostiene consigo misma, con la duda, el sofisma y el error. Pero sobre la razon hay una esfera luminosa y pacífica, en donde la razon percibe la verdad sin ninguna vuelta sobre sí, por aquello solo de que la verdad es la verdad, y porque Dios ha creado la razon para percibirla, así como ha hecho el ojo para ver y la oreja para oír.

Analizad en efecto con imparcialidad el hecho de la percepcion espontánea y asegurareis que nada tiene de subjetivo, y que lo que es imposible que no tenga, á saber, el *yo* se confunde con el hecho pero sin constituirle. El *yo* entra inevitablemente en todo conocimiento, puesto que es el sugeto. La razon percibe directamente la verdad, pero se aumenta de cualquier manera en la conciencia, y aquí teneis ya el conocimiento. La conciencia es á modo de un testigo, no de un juez, el juez único es la razon, facultad subjetiva y objetiva todo á la vez (empleando el mismo lenguaje que en Alemania), que alcanza inmediatamente la

verdad absoluta casi sin intervencion ninguna personal por nuestra parte, bien que ella no puede entrar en ejercicio si la personalidad no la precede ó no se le añade (1).

La percepcion espontánea constituye la lógica natural. La concepcion reflexiva es el fundamento de la lógica propiamente dicha. La una descansa en sí misma, *verum index sui*, la otra en la imposibilidad en que está la razon á pesar de todos sus esfuerzos de no rendirse á la verdad y de no creer. La forma de la primera es una afirmacion acompañada de una seguridad absoluta y sin sospecha de una negacion posible; la forma de la segunda es la afirmacion reflexiva, es decir, la imposibilidad de negar y la necesidad de afirmar. La idea de negacion domina en la lógica ordinaria, cuyas afirmaciones no son sino el producto laborioso de dos negaciones. La lógica natural procede por medio de afirmaciones impregnadas de una fe sencilla que solo el instinto produce y sostiene.

Ahora Kant replicará que esta razon mucho mas pura que la que él ha conocido y descrito, tan pura como es, casi libre de la dependencia, de la reflexion, de la voluntad, de todo lo que constituye mas particularmente la persona es personal, por tanto, puesto que nosotros tenemos conciencia ¿cómo es, que ella es subjetiva? A este argumento nada tenemos que contestar sino que él mismo se destruye en el exceso de su pretension. En efecto, si porque la razon no sea subjetiva es preciso que no participemos nosotros en manera alguna, y que no tengamos conciencia de su

(1) Sobre los justos límites de la personalidad y de la impersonalidad de la razon, véase la leccion siguiente.

ejercicio, entonces no hay modo de escapar jamás á esta tacha de subjetividad, y el ideal de objetividad que solicita Kant es un ideal quimérico, extravagante por encima ó mejor aún por debajo de toda verdadera inteligencia, de toda razon digna de este nombre; pues es pedir que esta inteligencia y que esta razon cesen de tener conciencia de sí mismas, en tanto que esto precisamente es lo que caracteriza la inteligencia y la razon (1). ¿Kant querrá, pues, que la razon para poseer un poder verdaderamente objetivo no haga su aparicion en un sugeto particular, sino que esté por ejemplo del todo fuera del sugeto que soy yo? Entonces ella no es nada para mí una razon que no sea mía, que bajo pretesto de ser universal, infinita y absoluta en su esencia, no cae bajo la percepcion de mi conciencia, es para mí como si no existiese. Querer que la razon cese enteramente de ser subjetiva, es pedir una cosa imposible al mismo Dios. No, Dios mismo no puede conocer sino con su inteligencia y con la conciencia de esta inteligencia. Hay pues subjetividad en el conocimiento divino, y esta subjetividad aquí, arrastra al escepticismo. Dios está tambien condenado al escepticismo y no puede salir de él como tampoco nosotros; ó bien si esto es muy ridiculo, si el conocimiento que Dios tiene del ejercicio de su inteligencia no le arrastra al escepticismo, el conocimiento que nosotros tenemos del ejercicio de nuestra inteligencia y la subjetividad ligada á este conocimiento no lo arrastran mas para nosotros.

En verdad que cuando se vé al padre de la filosofía

(1) En muchas partes hemos establecido que la conciencia es la condicion, ó mejor la forma necesaria de la inteligencia. Véase esto mas adelante, leccion V.

alemana perderse de este modo en el laberinto del problema de la subjetividad y de la objetividad de los primeros principios, se siente uno tentado á perdonar á Reid por haber desdeñado este problema y haberse limitado á decir que la absoluta verdad de los principios universales y necesarios descansa en la veracidad de nuestras facultades, y que sobre la veracidad de nuestras facultades nos vemos obligados á adoptar su testimonio. «Explicar, dice Reid, por qué nos persuadimos por nuestros sentidos, por la conciencia, por todas nuestras facultades, es una cosa imposible; nosotros convenimos en esto, y ciertamente que no podemos hacer otra cosa. ¿No es esto la expresión de una creencia irresistible, de una creencia que es la voz de la naturaleza, y contra la cual nosotros lucharemos en vano? ¿Queremos aun penetrar mas, preguntar á cada una de nuestras facultades, cuáles son sus títulos á nuestra confianza y negarlas hasta que los hayan producido? Entonces creo que esta extrema sabiduría nos conduce directamente á la locura, y por no haber querido compartir la suerte común de la humanidad, nos vemos del todo privados de la luz del sentido común (1).»

Nosotros decimos más aun y nos apoyamos en este admirable pasaje, de quien es para nosotros el mas legítimo maestro de la filosofía francesa del siglo XIX: «La vida intelectual, dice M. Royer-Collard, es una sucesión no interrumpida, no solamente de ideas, sino tambien de creencias implícitas ó explícitas. Las creencias del espíritu son las fuerzas del alma y los móviles de la voluntad. Esto que nos determina á

(1) Véase *Filosofía escocesa*, lección IX, pág. 388.

creer, le llamamos evidencia. La razón no se dá cuenta de la evidencia, la condena, y esto es aniquilarla, pues ella misma tiene necesidad de una evidencia que le sea propia. Estas son las leyes fundamentales de la creencia que constituye la inteligencia, y como manan de la misma fuente, tienen la misma autoridad, juzgan con los mismos títulos y no hay ninguna apelación al tribunal de unas y de otras. Quien se rebela contra una sola, se rebela contra todas las demás y abdica toda su naturaleza (1).»

Deduzcamos las consecuencias de los hechos que acabamos de esponer.

I. El argumento de Kant que se basa sobre el carácter de la necesidad de principios para debilitar su autoridad objetiva, cae bajo la forma impuesta por la reflexión á estos principios y no alcanza nada su aplicación espontánea ó el carácter de necesidad no aparece aun.

II. Después de todo, concluir con el género humano de la necesidad de creer á la verdad de lo que se ha creído, no es concluir mal, pues es razonar del efecto á la causa, del signo á la cosa significada.

III. Por otra parte, el valor de los principios está muy por encima de toda demostración. El análisis psicológico comprende en el hecho de la intuición intelectual una afirmación absoluta, inaccesible á la duda, ella lo hace constante y cierto, y esto equivale á una demostración. Pedir otra demostración que esta, es pedir á la razón lo imposible, pues que los principios absolutos siendo indispensables para toda demostra-

(1) Véase *Obras de Reid*, tomo III, pág. 450.